

Enric Senabre

El infinito en tus manos



Oportunidades y amenazas
de las redes sociales

EL INFINITO EN TUS MANOS

Unas piernas largas con los pies estirados, las uñas recién pintadas y, de fondo, la piscina vista desde la hamaca. Todo esto bajo un sol de pleno verano y un ambiente relajado.

Así era la foto que acababa de colgar en mi aplicación favorita. Una imagen que me identificaba en ese momento, tanto mi estado anímico como la parte de mi cuerpo que más me gustaba. Era una muestra inequívoca del verano, de tiempo libre, de relax, de mi carácter y de las ganas de vivir que sentía en ese momento. Quería que todo el mundo lo supiera, por eso la publiqué, para que vieran lo contenta que estaba y que me encontraba bien, que no deberían acabar nunca las vacaciones.

Publiqué la imagen junto a una frase que encontré hacía un tiempo y que me pareció perfecta para describir cómo me sentía en ese momento: «El infinito es lo que nos queda por hacer una vez que hemos cumplido nuestros sueños». La frase me representaba porque transmitía las ganas que tenía de luchar por mis sueños y la fuerza con la que estaba dispuesta a llevarlos a cabo.

Enseguida empezaron a llegarme los «me gusta», que supusieron un chute de autoestima y me subieron

el ánimo. Después, me puse a mirar los comentarios, aún mejores, como el de Julia, mi mejor amiga y confidente: «¡Qué bien vives, Atena!», me dijo, cómplice. Luego, Sandra, la tercera pata de nuestro grupo más íntimo, comentó sin esconder su envidia: «¡Eso sí que es vida, mala persona!». También me escribió Alex, el más simpático y con el que mejor me llevaba de los chicos: «¡Bien hecho! ¡Esa es la Atena que yo conozco! ¡Siempre positiva!». Juan solo puso un par de corazones, y Borja me dijo que lo pasara bien y aprovechara mientras pudiera, que ya se nos acababa la fiesta.

Borja, el pesimista del grupo, no podía dejar de recordarnos que las vacaciones, la piscina y el móvil a cualquier hora se nos acababan; que levantarse tarde y no hacer nada tenía los días contados. Lo peor de todo es que llevaba razón, pronto volveríamos a las clases, y, además, empezábamos el instituto. ¡Qué pereza! ¡Y qué miedo! Tenía un montón de sentimientos encontrados: por una parte, no quería que las vacaciones terminaran; pero, por otra, empezar el instituto era una incógnita y, además, suponía vivir un mundo diferente, con gente nueva y mayor libertad.

Lo sabía por lo que me habían contado mis amigas del otro colegio, que ya llevaban un curso y decían que no te controlaban tanto, que los padres no se pasaban por allí y los profesores tenían manga ancha. Pero imaginaba que no sería tan bonito como ellas lo pintaban, seguro que exageraban; tendría que estudiar más y con menos ayuda. A pesar de eso, mis expectativas eran positivas: la verdad es que empezar el curso estimulaba

mi curiosidad, que había aumentado con sus historias y con mis ganas de vivir después de la enfermedad.

Había pasado una buena temporada sin asistir a clase debido a ella, y los profesores y mis padres decidieron que era mejor repetir curso. Además de eso, por motivos laborales de mi madre, cambiamos el pueblo por la ciudad. Así que tuve que volver a hacer amigos. Al principio me costó, no fue fácil. Ya sabéis, lloros, quejas a mis padres por tener que cambiar de ambiente, por tener que empezar de cero sin ni siquiera haberme preguntado... Pero, al final, el cambio de centro fue positivo porque me ayudó a no sentirme tan desplazada por la repetición. Además, gracias al móvil pude mantener el contacto con algunos amigos del colegio anterior, y, aunque al principio me dio miedo, tuve que hacer nuevos. No fue tan complicado como había imaginado. Al contrario, el ser la mayor del curso me hizo más popular entre los compañeros de clase. Por suerte, la enfermedad también había retrasado mi desarrollo físico, así que la diferencia de edad con mis nuevos amigos casi no se apreciaba. La conclusión de aquel curso fue que, una vez acabado, tenía de nuevo un grupo de amigos, y Julia y Sandra ya eran dos personas imprescindibles para mí. Eran tan importantes que no sabía cómo había podido vivir sin ellas hasta ese momento.

Aunque he dicho que no se notaba que yo era un año mayor, lo cierto es que sí se podía ver en un detalle: yo tenía móvil y el resto aún no. Conseguí llegar a un pacto con mis padres: nos trasladábamos,

cambiaba de centro y repetía curso, pero el móvil me lo compraban. Era la promesa que me hicieron y el precio que tenían que pagar por el cambio que provocaron en mi vida. Durante un año fui la envidia de toda la clase, pero cuando la mayoría ya tenía móvil, me convertí en la experta que les ayudaba con cada nueva aplicación que se descargaban. Juegos, redes sociales, aplicaciones para clase... Todas y todos venían a preguntarme por algo.

Esto contribuyó a que las fotos y los textos que yo publicaba fueran los más populares, los que más me gusta acumulaban. Tengo que reconocer que no me gustaba subir imágenes muy explícitas en las que se me pudiera ver entera o enseñara alguna parte de mi cuerpo que no quisiera mostrar. Lo que hacía era seleccionar mis preferidas, y, sobre todo, aquellas con detalles concretos que no me delataban, de ahí que subiera la última en la que solo se veían mis pies y el agua. He de admitir que no me gusta mucho mi aspecto, soy una chica menuda, aún sin desarrollar, con poco pecho, el pelo como un estropajo y de un color indefinido entre el negro y el castaño, unos ojos vulgares y una boca demasiado pequeña. No soy la clase de chica en la que se fijan los chicos; más bien al revés, paso desapercibida la mayoría de las veces.

Aunque yo seguía dándole vueltas a este tema, la vida seguía en las redes. ¡Cincuenta me gusta en veinte minutos! ¡Cómo se notaban los móviles nuevos! No era yo la única que subía fotos; Isabel puso una en bañador entrando en el mar mientras la per-

seguía Alex; en otra, Borja tiraba a Cristian al agua; Carla con un gorro playero tomando el sol; Sandra en el patio de su casa mirando el móvil, muy seria y concentrada; Juan poniendo las manos formando un corazón... Era evidente, todas las fotos mostraban al grupo en la playa, en ellas había un denominador común de felicidad y vacaciones, salvo las de Sandra y Julia, que no habían ido con ellos. Juan me envió por privado un selfi guiñando el ojo y con una sonrisa exagerada. Pensé que pronto acabaría esa calma. Y seguían los corazones: Alex, Julia, Rania, Jose, y ya estaban casi todos los del grupo... Uhm... ¿Y ese desconocido quién era? Se trataba de alguien a quien no seguía y no conseguía identificar. ¿Quién podría ser? @Infinitooo_ era su alias. Parecía un juego y yo quería jugar. Me resultó interesante y curioso. Las oes repetidas debían querer representar el infinito, y la foto de perfil, como no podía ser de otra manera, era el símbolo matemático del infinito. Vaya, un friki de las matemáticas, pensé. ¡Ah, y encima había escrito un comentario en mi foto!: «Estás muy guapa, pero quiero que me dejes subir un poco más arriba, hasta el infinito y más allá...» y una cara babeante seguida de unas manos en posición obscena.

¿Pero qué era eso? Me entró un sudor frío y un escalofrío me recorrió el cuerpo. El corazón me iba a mil por hora. ¿Quién sería ese cerdo? Nunca me había pasado una cosa así y no sabía cómo debía reaccionar. Me puse nerviosa y el móvil se me cayó al suelo. Lo primero que pensé es que aquello no podría

estar pasándome a mí. Siempre había pensado que algo así solo pasaba en las películas o a personas que estaban todo el día conectadas. No dejaba de darle vueltas a quién podría haber hecho un comentario como ese. Debía de ser un trol de esos que mentían sobre su identidad y se dedicaban a meterse con la gente, a insultar y provocar, siempre desde el anonimato. ¿Cómo iba a responder a esa provocación? Siempre nos habían dicho que no nos fiáramos de los desconocidos, que algunos podían ser pederastas o delincuentes. ¡Qué asco! Al final, decidí bloquearlo y así evitar problemas. Ale, hecho, ya tenía suficiente. Necesitaba despejarme y quitarme el tema de la cabeza, así que me metí en el agua.

Por la tarde había quedado con Julia y Sandra en el parque y pregunté:

—¿Dónde has estado esta mañana, Julia? No has subido ni una foto, y eso que todos hemos puesto alguna.

—No he salido de casa, y, total, para poner una foto como la de Sandra... —Y se puso a reír como hacía siempre mientras le daba con el hombro a nuestra amiga, como disculpándose por el comentario.

—¿Qué pasa? Me apetecía poner una foto real; lo prefiero a todas esas de postureo que han subido los demás. Todos divinos, superalegres y divertidos, pasándolo súper bien. ¡Unos falsos, eso es lo que son! —respondió Sandra muy seria, obviando la burla de Julia.

Mis amigas eran polos opuestos: Julia era la alegría y la despreocupación en persona; Sandra, reservada y

sería, tanto que costaba sacarle alguna palabra de la boca. Puede que justo por eso fuéramos tan amigas, ellas eran los extremos y yo el punto intermedio que nos mantenía en equilibrio.

—Sí, las he visto mientras estaba en la piscina y, la verdad, pintan un mundo de color de rosa y ositos amorosos que... Todos tan amigos, disfrutando del verano, siempre con la sonrisa en la boca. Aunque, bueno, es lógico, Sandra, yo también he subido la mía en la piscina. Estamos de vacaciones, pero ¡ya verás cómo la cosa cambia cuando empecemos el instituto!

Sandra me lo negó, irritada:

—No es verdad. Además, luego viene Borja y me dice por privado que estaban aburridos como monas y que tenía ganas de volver ya.

—Siempre pasa igual, ya sabes. En las fotos el mundo es ideal y después todos a criticarse por privado —dijo Julia sin darle mayor importancia.

Entonces hablé yo:

—¡Pues a mí Juan me mandó un selfi por privado y se le veía de lo más contento! Mira que sois cenizas, estaban pasándolo bien y punto.

—¿Juan? ¿Un privado? No sé yo... —dijo Sandra, que se quedó un momento pensando, pero luego siguió con su rollo—. Yo paso de tanta tontería, por eso he subido la foto con el móvil, para que vean que estaba tan ricamente en mi casa.

—Pues yo hoy no he subido ninguna por la misma razón. No hace falta estar todo el día contando qué

estás haciendo, lo que comes o lo que ves. ¡Te acabas volviendo loca! –exclamó Julia gesticulando exageradamente.

Aproveché el momento de la conversación para contarles lo que me había pasado con el acosador de internet. No me lo quitaba de la cabeza y seguía poniéndome nerviosa cada vez que pensaba en el tema.

–Ah, ¿sabéis que me ha comentado un desconocido misterioso?

A Julia y Sandra les entró la curiosidad y me preguntaron al unísono:

–¿Sí? Cuenta, cuenta.

Ahí aproveché para desahogarme con ellas y contarles lo mal que me sentía y el asco que me había dado tener que leer semejante comentario.

–Una guarrada, que si podía subir un poco más arriba de las piernas en la foto, ¡hasta el infinito! Y emoticonos sexuales con manos y caras babeantes, ¿os parece normal? ¡Un asco! No sé ni quién es, pero, por si acaso, lo he bloqueado y fuera, paso de él. Tiene que ser alguien del grupo con ganas de marear.

–¿Pero te has quedado más tranquila? –preguntó Julia sorprendida.

Sandra intervino más calmada:

–Te diría eso del infinito por la frase que has puesto tú, y no creo que sea alguien del grupo, aún no saben cómo crearse un nuevo usuario. Además, he oído que eso lo suelen hacer personas mayores que buscan hacerse tus amigos y así poder robarte fotos comprometidas y chantajarte o lo que sea. ¡Ten cuidado!

Pero Julia seguía muy alterada, hablaba sin apenas respirar:

—Sí, sí, justo el otro día vi una película que iba sobre el *ciberbullying* en la que un *hacker* de esos controlaba el ordenador de una chica y la obligaba a pasarle fotos y a escribirle a otros amigos insultándoles y diciéndoles cosas ofensivas. Al final, la chica reaccionaba y hablaba con su padre. No entiendo por qué no lo denunció desde el principio.

—¡Ay, parad ya! ¡Me estáis dando miedo! No tiene que ser nada de eso, seguro que es alguno de estos, que está de broma. ¿Quién va a tener algún interés en acosarme? ¡Si yo no tengo fotos comprometidas ni nada! —comenté yo sin mucha convicción, porque tenía una sensación muy rara en el estómago.

—Si lo has bloqueado, no pasa nada. Bien hecho, Atena, era lo mejor que podías hacer. ¡Cómo se nota que eres la experta en redes sociales! —bromeó Julia, tranquilizando el ambiente y recordando que fui la primera que tuvo móvil.

—Sí, la maestra y cabecilla —dijo Sandra siguiendo la broma.

—¡Dejadme en paz! —dije yo riéndome.

Seguimos charlando de otras cosas. Pero yo seguía intranquila y con la duda del comentario del desconocido en la cabeza. Cuando llegué a casa, fui a por el móvil para ver si descubría alguna cosa. El problema era que, como lo había bloqueado, no podía recuperar ningún dato ni saber nada de él. ¿Cómo no se me ocurrió hacer una captura de pantalla antes de bloquearlo?

Con los nervios del momento, lo bloqueé sin pensar. ¿Qué podía hacer ahora? Pensé en buscarlo entre mis contactos por si era amigo de alguno de ellos, pero no tuve suerte. Bueno, sin problemas. Como no había hecho caso, el peligro estaba controlado. No iba a darle más importancia a un tema que no pasaba de ser una broma de mal gusto. O eso esperaba.